

# EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



## Abusos de á folio.

Considerando estaba Papamoscas la deformidad que ocasionaba en la nariz de D. Cenon la voluminosa berruga, que suspendida en la parte mas baja del órgano nasal, se asemeja á un grano de uva tinta.

—Es posible, tío de mis entrañas, le dijo, que en un tiempo en que tantos progresos hace la cirugía, quiera V. estar tocando la campanilla cuando habla, con esa maldita berruga, y siendo la irrisión de cuantos le miran á la cara, y la burla de todos los muchachos? Por qué no se llega V. en casa del señor de Toca ó del señor Hisern, y verá qué pronto, como quien corta el rabo de un pepino, le mutilan á V. ese apéndice y le dejan la nariz tan afilada, que pueda coger con ella un grano de arroz con tanta perfección como lo haría un papagayo con su pico? ¿No ha visto V. con qué prontitud le puso el señor de Toca, el otro día, al hijo de nuestro vecino, un labio que le faltaba? Por qué ha de querer V. estar tantos años haciendo el diviertemonos y el coco de los chiquillos?

—Serapio, tú no sabes sin duda lo costoso de esas operaciones, cuando se practica por unos operadores de tanto crédito como los que has indicado. ¿Cuánto te parece que ha llevado el señor Toca por el labio de ese niño que acabas de nombrar?

—Habr  llevado tres pesetas?

—Calla, sacr flego, que eso es ya rebuznar sin freno: el labio de que se trata le ha costado al padre de ese niño diez mil reales.

—Jesús! Jesús! San Bartolomé nos asista! Pues cuánto llevaría ese mozo por poner un corazón   un intestino recto?

—Calla, necio, no profieras semejantes desat nos.  Acaso ignoras que esas partes del cuerpo no son susceptibles de reposición?

—S , me parecen algo difficilillos semejantes remiendos; pero también me parece muy escandalosa esa suma, y creo que las autoridades deberán considerar semejante exigencia como un verdadero latrocinio, y poner coto de algun modo   la ambición desmedida de esos señoritos.

—A pesar de todo lo que te parece, es forzoso tolerar ese abuso, porque al fin se trata de un asunto en que se interesa,   veces, la felicidad de las familias; además,  qu n es capaz de poner precio   la adquisición de una parte del individuo que ya se contaba perdida? Sabes que todos los millones del mundo no bastarían para pagar al que tuviera la habilidad de poner un dedo   una mano que se hallase falta de él?

—Lo creo muy bien, t o; pero aquí no se trata de partes articuladas, sino de una tajada de carne que adhiere con facilidad, y que mas exige serenidad que ciencia de parte del operador, como se verifica con la extracción de una muela, que tal vez es operación mas peligrosa que la que nos ocupa, y sin embargo, la ejecutan por veinte reales los mas aventajados dentistas. Además, t o, yo estaría conforme con las exorbitantes sumas que llevan por esas operaciones, si ellos pagarán en proporción los muertos; es decir, los que tienen la desgracia de sucumbir en sus manos, por su falta de prevision, y por sus sistemas erróneos. Caramba, t o, si esto fuera así,  en dónde tendrían dinero el señor Toca, el señor Hisern y tantos otros, para pagar   una familia el escamoteo de un padre, de un hijo   de un pariente?

—Calla, inmoral! no ridiculices   los que ejercen la profesión mas noble, la mas digna de atención y...

—La mas difficil, t o, la mas descuidada y la que menos orgullo puede inspirar al que la ejerce, porque no hay uno que pueda gloriarse de no haber cometido desaciertos de grave consideración,   de no haber cubierto de luto alguna familia; y cuidado, tío, que aquí las pif as son morrocotudas y no sirve despúes hacer billas ni palos.

—En conclusion, t  quisieras que las operaciones y las curas se pagaran como si fueran remiendos de zapatos?

—Yo, t o, lo que quisiera es que esos señoritos no tuvieran un orgullo tan desmedido, y que pasaran las duras por las maduras, porque al fin de la jornada todos presentarán al Padre Eterno su buena pacotilla de víctimas, bien las hayan hecho en bomb , bien sobre las suelas de sus zapatos. No se entienda por esto que yo desprecio   la profesión ni   los hombres estudiosos que hay en ella, sino que considero la imposibilidad de poseerla   ciencia segura, y denuncio la pedantería de infinitos profesores, que   fuerza de aparato pretenden revestirse de una sabiduría que no poseen; dan un valor sin límites   sus beneficios; y no consideran que est n bien compensados con los infinitos tropezones que pegan durante el curso de su carrera.

—Serapio, ninguno es perfecto en su profesión, y sin embargo, el que sobresale mas que los otros recibe mil elogios, y su amor propio se lisongea con justa razón.

—Todo eso es muy cierto, t o mío, pero entre los profesores de me-

dicina son muy contados los que pueden hallarse en semejante caso, porque como he dicho antes, es una profesion que debe satisfacer poco al que la ejerce, puesto que continuamente se encuentra burlado por acontecimientos que no esperaba y que no puede evitar; por esto no deben envanecerse, sino confesar de buena fé, que sus conocimientos sobre esta materia son mas oscuros que bolsillo de avaro, y los vaticinios tan inciertos como la felicidad de la nacion española. En prueba de esto citaré á V. un pequeño caso: Hace unos dias que el mismo señor Tora practicó una operacion de bastante mérito, con la destreza y serenidad que tan justamente le acreditan; pocos dias despues, presentó el paciente síntomas alarmantes, y el referido profesor le pronosticó una muerte próxima é irremediable, por no alcanzarle ninguno de los recursos de la medicina; no obstante, el paciente se ha librado del fatal cumplimiento del pronóstico, y el profesor ha quedado persuadido de lo mucho que se engañaba. Mil ejemplos diametralmente opuestos pudiera citar á V. que prueban hasta lo infinito la falsedad de estos conocimientos, y que para lograr laureles en medicina se necesitan la ayuda de Dios y de todos los santos, y no basta que el profesor sea estudioso y esperimentado, porque hay una barrera muy alta que no puede saltar aunque tenga dobles piernas que yo. De todo lo dicho se deduce que su gloria está fundada sobre una tira de cartulina, y que los bombés, las grandes sortijas y los puños de plata en los bastones, no son otra cosa que pelotas de viento, que indican mas bien humo en la cabeza de los profesores, que profundidad en el conocimiento de los arcanos de su profesion. Añada V. á todo esto el descuido con que se ha mirado la carrera, admitiendo á troche y moche á cuanto pollino se presentaba, con tal que llevára en regla cuatro papelotes, las mas veces mal adquiridos; y sino dígalo aquel criado que V. tuvo, que despues de concluida la carrera y estar desempeñando un partido, le escribió una carta de ofrecimiento en la que le decia que podia V. pasar á divertirse una temporada, porque habia muchas *corcias y gavalines*.

—Calla, calla, Serapio, que parece tu boca una taravilla.

—Sí, sí, no me quieren mis comadres porque digo las verdades!

—Te repito que calles, ó me quito un zapato.

—No se enfade V., hombre de Dios; parece que pertenece á la clase de matasanos.

—Otra vez!

—Ya callo; pero me alegraré que le crezca á V. la berruga tanto como un melon valenciano.

Serapio cogió su pan y queso y se fue á corretear.

### **Patriotas.**

—¿Qué periódico estás leyendo?

—La *Prensa*.

—¿Qué dice?

—Lo que debería callar.

—No te entiendo.

—Me explicaré: El *Heraldo* del jueves último, con ese *patriotismo* que le es tan peculiar, dice que la palabra *Patriota* significa, segun el Diccionario: «El que tiene amor á la patria y procura todo su bien; y que además se llaman patriotas los que han vendido su independencia á intereses extranjeros».

» Los que habiendo sido, realistas primero, y luego carlistas, y fingiéndose luego moderados, y hecho la guerra á Espartero, han acabado por declararse republicanos:

» Los que se han enriquecido para gastar ahora sus caudales en encender la guerra civil:

» Los que se van á conspirar al extranjero, unos por ambicion y otros para que con este pretesto les mantengan allá de limosna:

» Los que quieren que se arme á la benemérita, para empezar de nuevo las generalas con los tamborcitos, los pronunciamientos y en seguida:

» Los que cogen un trabuco y tiran desde las barricadas:

» Los que se regocijan á la nueva de cada faccioncilla montemolinista que se levanta en Estremadura ó Cataluña:

» Los que... *Los que no tienen amor á la patria, y procuran todo su daño.—Patriæ infidelis.*»

—Y bien, ¿qué encuentras de extraño en eso?

—Encuentro que *La Prensa* de esta tarde parafrasea el párrafo que he citado del modo siguiente:

«UNA PALABRA DEL DICCIONARIO. *Patriota*: el que ama á la patria y procura todo su bien. *Patriæ fidus*:

» *Paráfrasis á imitacion de El Heraldo*: ó en latín para que lo entienda el enfermo; *Paráfrasis ad instar Heraldí*. Y sin embargo, se llaman asimismo patriotas:

» Los que habiendo sido realistas primero, y luego liberales, y después moderados, han acabado por confesarse montemolinistas, declarando que en la *esencia* tienen unos mismos principios políticos:

» Los que se han enriquecido en la guerra y después de la guerra civil:

» Los que han vendido su independencia á intereses extranjeros:

» Los que se fueron á conspirar al extranjero, unos por ambicion y otros para que con este pretesto, y en virtud de ofertas serviles á un rey que ya no lo es, los mantuviesen allá de limosna:

» Los que arman á sus afiliados; es decir, á un puñado de hombres, en los pueblos, para que reduzcan á silencio á la generalidad, y cometan impunemente las arbitrariedades que quieran; pues solo ellos tienen la fuerza:

» Los que van cargados de pistolas, trabucos y puñales; y en medio del día y en las calles mas públicas descerrajan un trabucazo, y levantan airados la cabeza para ver mejor si hay alguno que siquiera con el gesto desapruebe su hazaña:

» Los que ocultan los progresos de las facciones, para que el país ignore el peligro en que se encuentra:

» Los que... *Los que no tienen amor á la patria y procuran todo su daño.—Patriæ infidelis.*»

—¿Qué le parece á V., apreciable tío?

—Me parece, amable sobrino, que *El Heraldo* hablaba en su párrafo contra los progresistas y *La Prensa* lo hace contra los moderados, valiéndose de sus mismas armas; así, pues, no veo...

—Si está V. ciego, yo no tengo la culpa; que esa paráfrasis la hubiera hecho *El Clamor público*, *La Esperanza*, *El Católico*... paset pero que la haga *La Prensa*...! *La Prensa*...! es escandaloso...! es atroz...!

—Por qué?

—Calle V. por Dios! la *Prensa*! qué cosas se ven en el mundo...

—Ya te dije, Serapio amigo, el otro día, que los absurdos acontecimientos que ha habido en España desde 1808 me habían hecho ateo en política: te cité algunos ejemplos en pro de mi aserto, y creo que debiste quedar convencido; pero si aun abrigas alguna duda, ojea la historia del día, que ella te ofrece un sorprendente caso en favor de aquella verdad.

—A cuál se refiere V.?

—Ahí tienes á Perez Calvo: al redactor de *El Clamor público* á quien Naryaez mandó á Cádiz en un calesín, irritado con la guerra continua que le hacia en sus artículos; ahí le tienes hoy de jefe civil y alcalde corregidor de Osuna á las órdenes del ministerio, que preside tan dignamente el ilustre duque de Valencia, según dice en su comunicado. Ahí tienes un ejemplo, Serapio: ese y como ese son los escritores de que te hablé el otro día: gritan—el gobierno es un pícaro—para que les de un destino—lo consiguen y desde ese instante el gobierno es ilustre, es grande, es sublime: ahí tienes á Perez Calvo, al furibundo progresista, diciendo hoy descaradamente que es adversario del progreso...

—Eso lo dice en su comunicado á *La Prensa*; por cierto que repite tantas veces en él, desmintiendo lo que este periódico publicó,—es falso esto; es falso lo otro; es falso aquello; es falso lo de mas allá—que estoy tentado á creer que todo lo que refiere en su remitido es falso también.

—Cree, sobrino mio; abre con buena y sincera fé tus creencias á lo que dicen los periodistas: defiéndelos, encúmbrales, que ellos te darán el pago: ahí tienes, repito, al célebre Perez Calvo, atropellando en Osuna á inermes ciudadanos sin mas causa ni razones que su antojo; ahí le tienes siendo el *coco* de un pueblo entero, el que antes era su mas celoso defensor; pero ¿qué impresiones podrán hacer los recuerdos del pasado, ni las reconvencciones del presente al hombre que se quita la máscara de ese modo y la arroja sereno á la faz de sus conciudadanos? ¿qué puede esperarse de una autoridad que dice desvergonzadamente, *poco me importan, señores redactores, los juicios desfavorables que de mí pueden formar como funcionario público?* ¿qué puede prometerse nadie de un hombre que así descuida su pública reputación?

—Serapio! créeme: sean como los califica *El Herald*; sean como los parafrasea *La Prensa*, hay en nuestra infortunada España muchos *Parriotas*.

### Prevision.—Gracias.

Acababa D. Cenon de leer el decreto en que se declaran las atribuciones que corresponden á la direccion de policía de la provincia de Madrid, cuando tiró del cordon de la campanilla, llamando á su sobrino: este apareció á poco taciturno y pensativo.

—Buenos dias, querido tio, ¿cómo ha pasado V. la noche?

—Tal cual, y tú?

—No muy bien.

—Pues qué has tenido?

—Un sueño maldito; ó mejor dicho una infame pesadilla que no me ha dejado sosegar: figúrese V. que he soñado que me habían preso por causas *impolíticas*, y que en vez de enviarme á las *Chafarinas*, ó á Fer-

ando Puó; ó al mar Báltico, me habían condenado, como castigo mas duro, mas grande, mas severo, á dar un beso en la boca á D. Ramon María Narvaez.

—Ya pensaba yo, imberbe sobrino, que sería un sueño de los tuyos; un disparate monstruo de los que tu abortas de cuando en cuando.

—Diga V. mas bien de los que yo paro; que eso de abortar se queda bueno para las reinas; y á propósito de ello ¿sabe V. Sr. D. Cenon, que en *La España* debe haber algun redactor jesuita ó cosa semejante? oiga V. lo que dijo el otro dia al publicar la carta de su remilgado correspondal de la Granja, en que le daba la noticia de la indisposicion de S. M.

«Cuando hablábamos dias pasados de los inmensos beneficios que la Divina Providencia está derramando sobre España, sin nombrarlo, por respetos que serán comprendidos de todos nuestros lectores, teníamos muy presente el acontecimiento que ahora se ha destruido por la misma suprema voluntad que nos lo habia deparado. La Europa lo hubiera recibido con igual júbilo que España, pues era la bandera blanca que apaciguaba de una vez para siempre las contiendas diplomáticas, origen tal vez de nuestras luchas interiores. Fuerza es acatar los decretos de aquel que todo lo dispone segun sus altos y desconocidos fines.»

—¿No respira este párrafo toda la hipocresía de un jesuita, toda la santidad de un *Gilico*, toda la conformidad de un mártir? no es altamente ridículo y descarado que ese hombre diga, que la Divina Providencia está derramando inmensos beneficios sobre España, cuando nunca ha tenido mas perjuicios encima de su alma?

—Ya te he dicho, Serapio, en mas de una vez, que no comentes lo que otros escriben, pues harto tienes que hacer con revisar lo tuyo: oye lo que á decirte voy. ¿Sabes cuáles son las atribuciones que por el gobierno se señalan al jefe superior de policía?

—No señor.

—Pues oye: entre otras, las denuncias de periódicos y demás impresos, estampas y litografías.

—Y qué quiere V. decir con eso?

—Digo que es una lástima que nos haya abandonado así el conde de Vista hermosa, ó mejor dicho, que el gobierno le haya hecho abandonar: estábamos ya tan familiarizados con S. E. y nos quería tanto, que veo va á sernos muy penoso tener que vencer las *quisquillas* y repugnancias del Sr. Enciso.

—No lo creo yo así, porque este jefe solo tiene á su cargo las denuncias, pero no la censura de los periódicos; por consecuencia pierda V. cuidado, que todavía somos en cuerpo y alma *subditos* del Sr. jefe político.

—Dudoso estoy en el particular; pero en fin, si tú lo aseguras, necesario será creerlo, sin embargo; no te deslices y reflexiona bien las palabras, antes de soltarlas, pues he oido decir que el novel jefe superior de policía tiene malas pulgas.

—Aunque tenga chinches y mosquitos, no me arredraré por cierto para publicar los abusos que cometa en su destino ó los defectos en que incurra: bien puede tener entendido S. E. (pues así creo que manda el decreto se le trate) que el dia en que se descuide, estraviándose de la senda legal y de orden que le está marcada, yo Serapio Papamoscas, el mis necio de todos los mortales, le diré cuántas son cinco, con la frente tan serena como estoy ahora, y sin ninguna clase de temor; y si su marcha en ese destino fuera basada en la rectitud y justicia, sin

consideracion á partidos, ni personas, del mismo modo le daré publicidad, para acrecentamiento de su honra: eso fue lo ofrecido en nuestro prospecto, y lo cumpliré.

—A propósito: tú, Serapio amigo, que tanto te has complacido en decir al corregidor las verdades del barquero: tú que no le has dejado descansar un instante ¿guardarás ahora punible silencio, respecto á la heroica accion que como jefe político ha hecho con el salvaguardia Víctor García?

—Catalmente lo tenia en la imaginacion en este momento: no solo diré que el conde de Vistahermosa ha dado en esta ocasion pruebas inequívocas de ser todo un caballero, sino que ha dado tambien un loable ejemplo á las demas autoridades: Víctor García despreció tres onzas que en el acto le daba el Portugués porque le dejara en libertad, y al llamarle el jefe político para tributarle las gracias por su generoso y fiel desprendimiento, y premiarle este servicio con las mismas tres onzas que le regaló, no solo ha recompensado una virtud poco general hoy dia, sino que ha despertado una noble emulacion en todo el cuerpo de salvaguardias: ¡Loor al jefe político por su estimable conducta!

—Y nada le dices respecto á la estraccion del bacalao de la calle del Reloj?

—Calla! a sobre este punto, hasta saber si habia sido por órden de dicha autoridad y en virtud de nuestras indicaciones; pero ya que V. ha citado el caso, me apresuro tambien á dar las gracias á S. E., pues sea como quiera, la indicada calle ha quedado libre de la epidemia: solo resta ahora para completar la obra, que se mande dar á los almacenes en que ha estado enerrado el género, un baño de rosa y jazmin, á fin de que desaparezca del todo la peste que se ha quedado pegada á las paredes.

—Eso sería mucho pedir, sobrino mio: conténtense los vecinos de la calle del Reloj con lo hecho, que no es poco, y supliquen con nosotros al cielo que dé acierto en todo al jefe político y corregidor de Madrid, como le ha dado en las dos ocasiones que hemos referido.

### Muestras de agradecimiento.

El celeberrimo y nunca bien ponderado escritor-cómico-satírico-dramático, cuyo nombre, para asombro de las generaciones venideras, es D. Ramon Adame, nos ha remitido el comunicado y la lindísima poesia que tenemos el alto placer de insertar á continuacion. Juzgamos innecesario decir mas en elogio del fecundo autor que tantos dias de gloria y cielo prepara á la ibérica escena. ¡Loor al invicto adalid, que tan denodado se presenta en este siglo de oscurantismo! Creemos sinceramente, y esto sin adulacion alguna, que D. Ramon Adame esta designado por la Providencia para sacar la literatura de la postracion en que yace. El aberno premie sus esfuerzos....!

El comunicado dice así:

«Sr. Papamoscas y su tio: Muy Sr. mio: entusiasmado con la apologia que acen VV. en su ultimo número de mi comedia *Ya hice fortuna*, é hechado dos noches á perros, componiendo una composicion para remitirse: a: ai bá y si VV. la ponen, tendré que agradecerle mas. Espresiones á su tio que conozco de bista y sepa V. que soy su amigo y S. S.—Ramon Adame.»

## POESIA DE DON RAMON ADAME.

*A las narices de mi Serafina.*

Oh! que narices tan bellas  
tienes tu Serafina mia....!  
valen mas que las estrellas  
cuando salen ellas  
en la mitad de la noche umbria.

Ay! que hermosas ventanillas  
cuando las cierras y abres!  
me haces muchas cosquillas...  
se me rompen las trabillas  
y se me descompone el fraque.

Cuando me miras y sueles  
con una risa hechicera  
ponerte á oler lo que hueles....  
vamos te diera dos claveles....  
Ay! Serafina ¡quién te oliera....!

Y cuando con el pañuelo  
te suenas, me dá un gusto  
que te chupara ese cielo!  
son tan bonitas, es justo,  
que parecen un buñuelo.

¿Qué flor ni que otra cosa  
se puede comparar á tus narices?  
te lo digo eres muy hermosa  
y tu sola harás dichosa  
á los mortales felices.

Pues ¿y cuando las respingas?

todo me descompongo  
en los portales de Bringas,  
y sin saberlo tu pringas  
mi corazon como un hongo.

Pues ¿y cuando las arrugas?  
me dá una cosa que me mareo;  
en verlas yo me recreo  
y aunque tubieran berrugas  
las quisiera en himeneo.

A Dios; á Dios Serafina;  
por no decir disparates  
suelto mi pluma divina  
pues tu cara que es peregrina  
tiene para mí muchos quilates.

El otro dia compré  
una libra de pepinos  
y uno para ti guardé,  
si quieres te lo mandaré  
pues mira que son muy finos.

Hasta otro dia temprano  
que para dárte los felices  
pasaré por tu casa ufano,  
digo sinó está tu hermano,  
para que me enseñes las narices.

---

**Interesante.**

El señor corregidor ha dispuesto que se establezcan dos mercados públicos de paja—uno en la plazuela de este nombre y otro en la del duque de Frias. Aviso á los aficionados.

Los ministros se reunieron en consejo la otra noche en la Granja con objeto de deliberar lo que habian de comer al dia siguiente. Sin duda no tenian noticia todavía de la orden del señor corregidor.

---

**Aviso.**

Los señores suscritores que han remitido á esta redaccion una carta por el correo con quince firmas, tendrán la bondad de facilitar á la misma los pormenores y circunstancias ocurridas en el asunto que indican y serán complacidos inmediatamente por *El Papamoscas y su tío.*

---

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 4; almacen de música de Carrata, calle del Príncipe, núm. 13, y en el almacen de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

---

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazeal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.